



Fernando Oliván. *Antropología de las formas políticas de Occidente*. Ed. Escolar y Mayo, Madrid, 2017.

*Nos proponemos una osadía: mirar el hecho político desde el ser animal de nuestra identidad humana. Por eso no nos sirven las propuestas de una ciencia política, demasiado tributaria de la dictadura del humanismo. Sin embargo, compensamos nuestra osadía con la humildad de nuestras premisas: la mirada ingenua sobre los meros detalles. Continuamos así el viaje que emprendimos con NUEVA TEORÍA POLÍTICA donde empezamos la serie radical de nuestras preguntas. Viaje fundacional del que este tomo se vindica como segunda etapa.*

Desde las primeras páginas, la obra del profesor Oliván deja las cosas bien claras. Si bien es cierto que el trabajo se enuncia como una antropología política, sus pretensiones intelectuales van más allá y penetran directamente en el campo de la filosofía. Una serie de preguntas radicales, como él mismo dice, que se proyectan hacia el corazón mismo de nuestra identidad humana. En cierto grado estamos ante un verdadero programa de reconstrucción anti-ideológica, es decir, el proyecto de reescribir todo el aparato de nuestro ser cultural desde una perspectiva que soslaye definitivamente el saber construido por milenios de ideología.

Es cierto que esto lleva al autor, algo que el mismo confiesa en algún momento, a la propuesta de una “etología política”, es decir, a la construcción de un saber que, desde la mera animalidad de nuestra condición biológica, alcance a comprender la esencia misma de nuestro perfil humano. Llevado esto a los extremos que nos propone en su libro, supone el intento radical de reconstruir ese gigantesco aparato del mundo cultural en el que vivimos, y hacerlo desde la conciencia del ser animal que todavía somos.

Con esto ya enunciamos el colosal proyecto científico que nos propone el autor y que ya iniciara en *Nueva Teoría Política* (Madrid, 2015) donde nos propuso las bases de este viaje intelectual. Un viaje, nadie lo dude, no carente de riesgos y de dudas, de ahí el carácter abierto del trabajo. Dejo al juicio del lector el éxito o el fracaso de semejante aventura.

Pero vayamos por partes. El libro se plantea, como ya hemos dicho, alcanzar esa conciencia animal que subyace en la condición “homo” para, desde ahí, comprender el gigantesco edificio cultural que nos eleva a nuestra entidad de especie humana. Es decir, comprender todo eso que nos hace ser hombres. En definitiva, comprender ese conjunto de aparatos sobre los que se levanta nuestra autoconsideración como seres humanos y hacerlo desde la radicalidad de nuestra condición zoológica. Ahora bien, para hacer esto, Oliván precisa desarrollar toda una serie de itinerarios previos, por eso hablamos de aventura científica, un viaje que ya se inició en el anterior volumen y que, así lo proclama el mismo texto, tiene visos de continuar en lo que pudiéramos ya considerar la propuesta de un nuevo paradigma científico. El autor nos menciona algunos de estos itinerarios, verdaderas geografías sobre las que transcurre nuestra

identidad como especie. El lenguaje, la política, la idea de derecho, el arte, la religión o la misma economía. La premisa de la que parte su análisis es que todos ellos no son más que subespecies de un mismo aparato, una gigantesca máquina lingüística que hace de los signos la especialidad sobre la que se construirá nuestra identidad como especie. Es decir, todos ellos no son más que formas de esa competencia simbólica sobre la que se asienta esa evolución que nos empujó a la constitución de un grupo zoológico distinto. Puro *homo symbolicus*.

Ahora bien, la apuesta que nos propone el profesor Oliván es llegar hasta aquí renunciando a todo conato de interpretación finalista. Es decir, la renuncia a toda propuesta de interpretación que nos contemple como el resultado de un desarrollo evolutivo de progreso. Y es aquí donde el viaje alcanza sus mayores riesgos. De ahí la importancia de esta nota introductoria con la que arranca este trabajo. No puedo por menos que reproducirla *in extenso*:

*Propongo una metáfora, la del teatro chinesco de sombras. La narración se desenvuelve desde esas sombras que se proyectan sobre la pantalla. Mero juego, pero suficiente para que terminemos creyendonos la historia. Incapaces de ver las tablas, los objetos, las caras de los actores, solo apreciamos esos contornos que proyecta la luz y que, con su movimiento y cambios, terminan saturando nuestra imaginación. Es cierto que nada encubre la materialidad de las cosas, no hay ninguna manta ni velo que, como sucede con los estratos de polvo y tierra que cubren las ruinas, nos aleje del pasado. No hay sedimentos que obliguen al trabajo del arqueólogo. A duras penas encubre la animalidad que fuimos/somos ese mero juego de luces que el saber ideológico proyecta sobre nuestros cuerpos. Ahora bien, si nos concentramos atentamente, si renunciamos a seguir las figuras que compone la luz, si adecuamos nuestro ojo a la oscuridad de los segundos planos, en esas esquinas olvidadas por la ideología, en los huecos que reñusa el saber académico, reaparece, de pronto, la densidad de las cosas. Poco a poco empezamos a intuir las formas naturales de una mano, el brillo de algún ojo que antes nos pasó desapercibido, la presencia de un cuerpo oculto en la oscuridad del escenario.*

La renuncia a toda interpretación teleológica nos coloca ante una dificultad prácticamente insuperable, ¿Cómo alcanzar a comprender ese ser animal que éramos si prácticamente lo hemos definido como un “eslabón perdido”? la respuesta de Oliván entraña esa apuesta. Como él mismo nos dice, esa entidad zoológica, ese ser animal que desde una antropología se contempla como algo hundido en los estratos de un pasado casi perdido, radica sin embargo ahí mismo, apenas oculta por ese juego de sombras que constituye el universo ideológico sobre el que se levanta nuestra actual identidad humana. De ahí esa metáfora que nos propone del teatro chinesco de sombras, ente nosotros y aquel ser olvidado en el tiempo no hay, en absoluto, la espesa capa de polvo y escombros que ocultan las ruinas del pasado, al contrario, a duras penas nos aleja de aquel mono esas inconsistentes sombras que levanta el aparato simbólico. Bastará aplicar una mirada atenta a los detalles para redescubrir la densidad de ese ser perdido.

Todo el libro se va a dedicar a esa búsqueda. Una verdadera labor casi detectivesca, un trabajo meticuloso, una observación de nuestra cultura donde la erudición tiene una finalidad específica, ese trabajar los detalles, esos detalles que, como dice el refrán castellano, es donde naturalmente se esconde el diablo. Con esa ironía que sazona todo el libro, se remata así la nota que comentamos:

*Por eso es en los ladrillos donde se aprecia la fábrica, en los árboles donde está la naturaleza. La perspectiva –esa dichosa razón del saber científico– nos envuelve con su engaño: Los árboles desaparecen convertidos en bosque. Creemos arquitectura donde solo hay cartón piedra. De la misma manera, incapaces de mirar el edificio, vemos la institución. El bosque, como las sombras, nos impide ver los árboles.*

A partir de ahí comienza el viaje, o al menos esa parte del itinerario al que se dedica este, posiblemente, segundo tomo. Como hemos dicho, el paisaje sobre el que se desarrolla este trayecto, no es otro que el territorio de la política, una política comprendida como ejercicio del poder. Casi nos sentimos tentados a interpretarlo como una verdadera teoría del poder político. El poder como flujo, esta es la tesis central, un poder que se presenta como corriente simbólica, es decir, como parte del discurso. Un poder que, al ser contemplado como específicamente humano, no se despliega en el espacio de la vida sino necesariamente en ese espacio simbólico de la comunidad política. De ahí la importancia del espacio escénico como marco específico de la idea de la política. El teatro no es que se presente como expresión de la vida política, la apuesta es más radical, el autor nos propone una identidad absoluta entre política y teatro. Un teatro originario, surgido de la idea de fiesta, una fiesta a la que convierte en arquetipo fundacional de la comunidad política.

La obra termina con una reflexión sobre la propia condición de la modernidad actual. Una serie de capítulos donde analiza esa realidad presentada como la ultramodernidad pero en los que sigue apreciando, inevitablemente, esos orígenes radicales. Cinco últimos capítulos que nos permiten comprender que, en el fondo, todo este larguísimo viaje, como también le ocurriera al propio Ulises al que en no pocas ocasiones nos remite el texto, no hace sino conducirnos a la misma conclusión de la que partimos. Un retorno que reafirma el carácter antifinalista de todo el proceso.

Una última cosa también nos llama la atención sobre las peculiaridades del trabajo. Pese a su inconfundible sabor científico y al rigor de su escritura, inequívocamente académica, el libro, como ya sucedía en *Nueva Teoría Política*, carece de eso que solemos llamar “aparato crítico”, es decir, de ese entramado que constituye una bibliografía rigurosamente ordenada y unas notas que avalan la precisión de lo mencionado. Ya en *Nueva Teoría Política* el autor nos recordaba, con no poco atrevimiento, que “*la tecnología nos libera de la urgencia del pie de página*”. En esta nueva obra aprendemos lo que ya sospechábamos: ese “olvido” constituye toda una declaración de intenciones. Una cierta confrontación con un modelo de hacer ciencia al que reprocha su escolasticismo. La nota bibliográfica con la que se cierra el volumen nos da las claves: *Como hicimos en Nueva Teoría Política, esta obra obvia ese aparato crítico que reclaman los usos académicos, lo obvia justamente porque lo entiende obvio, está ahí, nadie trabaja desde la nada, la competencia ex nihilo solo le fue factible al Creador*. Oliván, haciendo suya la genial intuición de gran lingüista Mijail Bajtin, nos remite a esa “semiosfera” en la que vivimos. Sobre esa corteza terrestre construida de signos y símbolos se eleva, nos dirá, todo nuestro saber. Toda referencia explícita a lo ya dicho por otros no sería, por lo tanto, más que una mera redundancia, innecesaria, además, en un mundo interconectado como en el que hoy vivimos.